

LOS ÁLAMOS

Por ESTHER LÓRIZ CASANOVA

Vienes al molino?—Era morena y se llamaba Rosa. Pero su hermana era rubia y prefería ir a la fuente: —No; voy por agua—respondió Ana.

La verdad verdadera es que ni Rosa iba al molino, ni Ana a la fuente. Aunque la primera cargase sobre su oscura cabeza un saco pequeño de grano y la segunda apoyase donairosamente en su cadera el cántaro mediano. El mediano, porque el grande pesaba mucho, y el pequeño notaría la madre—que despanochaba maíz junto al fuego—que era una excusa.

También era excusa el saquito de Rosa. Hacía muchos días que, cada dos, se repetía esta escena en la cocina. Idéntica, porque como este año había tanto maíz que despanochar...

Quiero decir que a esta hora, en que el crepúsculo vence al día, las faenas de la casa han menguado y las ansias del corazón crecido, la madre sienpre está en la cocina en aquella tarea; y por esto, desde hace muchos días, cada dos, las hijas sostienen este brevísimo diálogo que sirve, a la vez, para pedir permiso y pretextar la salida.

Procuran Ana y Rosa no salir juntas de la casa. No se han dicho nada, ni una sola palabra, acerca de su secreto. Pero si Rosa, preparada, carga con el trigo, Ana se entretiene enjuagando un poco el cántaro. Y si Ana, decidida, también un poco ansiosa, coge el cántaro y sale, aun Rosa tiene que buscar saquito limpio para luego traer harina.

A esa hora, cuando el crepúsculo vence al día y las ansias rebosan el corazón, a esa misma hora, la alameda parece un templo donde los

álamos fueran el órgano y el río el cantor. Y sus voces suenan tan unidas, con tal armonía, que Rosa y Ana, al caminar casi aladas, temerosas del ruido de sus propias pisadas, rompen a cantar, espontáneamente, bajito, muy bajito. Y sus voces parecen dos nuevos murmullos:

De los álamos vengo, madre;
de ver cómo los menea el aire.

No se ven nunca las dos hermanas. Quizá ponen ellas cuidado en no encontrarse. Cada una de ellas goza de la dulzura del secreto y deja gozarlo a la otra.

* * *

Después de la cena, ayudan a la madre en la tarea del maíz. Las tres callan. La vieja, hundida tan profundamente en sus pensamientos, que sólo con un esfuerzo grande, grande, puede librarse de ellos.

Rosa... tiene en los labios una brasa encendida que no se apaga.

En cuanto a Ana, todavía vibra en su alma una nota recia, viril y amada: ¡Anítica!

Y, estremecidas, vuelven a vivir sus preciosos momentos, y, al escuchar de nuevo, en su ensueño, la música de los árboles y el río, rompen a cantar bajito, muy bajito. Y sus voces son ahora un solo murmullo:

De los álamos vengo, madre;
de ver cómo los menea el aire.